
EL MÁSTIL PARLANTE

El mar de la antigua Grecia estaba apestado de piratas.

El más famoso de todos era Teodolito, conocido no tanto por su coraje y sus hazañas sino por su extraordinario barco: el mástil estaba hecho con madera del famoso roble parlante que crecía junto al oráculo de Dodona.

Igual que el roble, el mástil hablaba. Y como el roble era capaz de predecir cosas, también el mástil era capaz de predecir cosas.

Teodolito confiaba mucho en el mástil de su barco. A menudo lo interrogaba. Ponía gran atención en sus respuestas.

—Mástil, ¿de dónde va a soplar el viento esta noche?

–Del Este –contestaba el mástil con absoluta certeza.

Cuando el barco se puso demasiado viejo y se le aflojaron las tablas, Teodolito no tuvo más remedio que conseguir otro barco, pero usó el viejo mástil para hacer los remos de un bote. Escuchaba con mucho interés lo que le decían los remos del bote, que siempre estaban de acuerdo y nunca se equivocaban en la respuesta.

–Remos, ¿qué va a pasar con la marea al mediodía? ¿Seguirá subiendo o empezará a bajar?

–Seguirá subiendo –contestaban los remos.

Cuando los remos, con los años y el esfuerzo, se rajaron, Teodolito aprovechó la madera para fabricarse una pata de palo.

El pirata confiaba ciegamente en su pata, y también la interrogaba para saber lo que iba a ocurrir.

–Pata, mañana ¿habrá mar tranquilo o tendremos zarandeo en cubierta?

–Mar tranquilo –contestaba la pata de palo sin vacilar. Y acertaba.

Cuando la pata, de tanto andar y tanto saltar al abordaje sobre la cubierta de los barcos enemigos, se hizo astillas, Teodolito usó la madera para fabricarse un escarbadietes.

El pirata interrogaba a su escarbadietes. Escuchaba las respuestas con el mayor interés.

–Escarbadietes, ¿qué va a preparar el cocinero esta noche?

–Garbanzo en sopa, pescado frito del día, buenos

higos secos de Esmirna y queso de feta, porque si los dioses son tan favorables como lo han sido hasta ahora, con seguridad vamos a entrar a puerto antes de que el mercado cierre –contestaba el escarbadietes, que tampoco se equivocaba y por suerte era un poco más conversador.